

pectet, ut in die Domini sibi durissimum iudicium fiat. Act. Me- terrible del Señor se le espera un juicio rigorosísimo.
diolan. S. Carol. Borrom. fol. 105.

EGOISMO.

Sedere autem ad dexteram meam vel sinistram, non est meum dare vobis.

El estar sentados á mi derecha ó á mi izquierda, no me toca concederlo á vosotros.

(MATTH. XX, 23.)

El egoismo es, sin disputa, una de las pasiones ó vicios más funestos á la sociedad y á los individuos que la componen. Él es el origen, el pábulo, el fomento de todas las pasiones y de todos los vicios: es la raíz viciada, de donde nacen todas las desgracias, y la envenenada fuente de donde fluyen todos los males y horrores de la vida.

Tan cierto como es, que la conservacion y prosperidad de todo el cuerpo interesan mucho más, sin comparacion, que las de un solo miembro, así lo es, igualmente, que el interés particular debe ceder al bien general. El egoista prefiere, en todo caso, sus propios intereses á los de toda la sociedad; y como si ésta no existiera con otro objeto que el de satisfacer sus propias necesidades y antojos, todo lo refiere á sí mismo, todo lo sacrifica en las infames aras de su amor propio. No hay enemigo más astuto, más disimulado, y, por consiguiente, más temible que él, pues bajo el velo de la más noble de las virtudes, cual es la caridad, oculta el abominable vicio de una grosera concupiscencia, de un sórdido interés, de un desordenado amor propio; de cuyo ardid se vale siempre para dominar á todos sus semejantes, ó á la mayor parte, por lo ménos.

Sirva para nuestro desengaño el terrible ejemplo de los dos hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, privilegiados por muchos motivos y en varias ocasiones en el amor de su maestro Jesucristo; apenas le oyen asegurar, que despues de ser perseguido, atormentado é ignominiosamente muerto, había de resucitar un dia lleno de gloria y majestad,

para ocupar un sólio magnífico en un reino más feliz y ostentoso que todos los de este mundo, se deslumbran, aspiran, ambiciosos, á la adquisicion de los más distinguidos honores, de las primeras dignidades, de los puestos más elevados en tan ponderado reino; manifiestan expresamente al Salvador sus imprudentes deseos; le piden con anticipacion los dos asientos más próximos, los más inmediatos al trono: y para obtener su aprobacion, se declaran dispuestos á ejecutar todo cuanto pueda exigir de ellos, aunque sea el sacrificio de sus vidas. El Maestro celestial, que penetraba el interior de sus corazones, y veia claramente la ambicion que ellos creian ocultar con sus palabras, les reconviene con su acostumbrada dulzura, en vez de acceder á su solicitud; y les dice, que no saben lo que solicitan, ni lo que prometen.

Esta sucinta, pero importante historia, me servirá de fundamento para descubrir algunos de los muchos perjuicios, que el egoismo ocasiona á las sociedades y á los mismos egoistas. Espero poco fruto de mi trabajo, si el Señor no se digna dispensarme los auxilios de su gracia, que os excito á pedirle por la mediacion de su amantísima Madre. A. M.

1. No proponiéndose en sus operaciones las sociedades otro fin, que el bien y la prosperidad respectiva de los particulares, está muy puesto en razon, que se excite el celo de cuantos se hallen en estado de cooperar á tan grandioso objeto, con una recompensa proporcionada á sus desvelos y trabajos. Cuanto sean más elevados los destinos, tanto son, por necesidad, más graves los cargos, más vastas las obligaciones, más espinoso y difícil el desempeño de sus deberes; es muy justo, por tanto, que sea mayor la recompensa, esto es, proporcionada al mérito que se adquiere. Pero hé aquí la verdadera piedra del escándalo. De lo mismo que tan imperiosamente, y por una necesidad absoluta, exigen el orden, la razon, la justicia, todas las conveniencias sociales, abusa nuestra miseria para fomentar el desorden y los trastornos. La naturaleza enseña al hombre, y le impone una estricta obligacion de amarse á sí mismo, y procurarse, por todos los medios posibles, pero licitos, al mismo tiempo, toda la felicidad de que es susceptible: mas este amor, ordenado por la naturaleza, vino á degenerar por la culpa en un amor desmedido y ciego, en un brutal egoismo, por el cual mira el hombre con zozobrosa inquietud, con mortal envidia, la suerte de los que se presentan á su vista como más felices, desea vivamente igualarse con ellos en felicidad, y se afana; poniendo en ejecucion cuantos medios le dicta esta pasion infame, por excederlos, si le es posible. Al ver el brillo, la ostentacion, la fastuosa opulencia, la

regalada comodidad que, por lo comun, acompañan á los destinos principales, á los empleos superiores al suyo, su corazon se inflama á impulso de la ambicion, que le estimula, le devora, le excita los deseos más infames; y sin fijar su atencion, ignorando acaso completamente los trabajos, inquietudes y desvelos, que son inherentes á su desempeño, la terrible responsabilidad que llevan consigo, el talento, la instruccion, el espíritu y la virtud indispensables para llenar sus deberes; no compara su capacidad con las obligaciones, ni las fuerzas de que puede disponer, con el peso que intenta colocar sobre sus hombros; compara, sí, con su deseo, los honores é intereses que se promete, entabla al punto su solicitud, no omite diligencia alguna á fin de que salga bien despachada; agota todos los recursos que le presenta su fecunda imaginacion; sacrifica á este deseo los intereses propios y los ajenos; se deprime, hasta el extremo de cometer las más indignas humillaciones; prostituye lo más sagrado del honor y del decoro; en todas partes y á toda costa procura granjearse padrinos ó protectores, que tomen de su cuenta la solicitud; y, como otra Salomé, les encarga, hasta el fastidio, les recomienda cada dia, que pidan por él: *dic ut sedeant*.

Si el superior, movido de su integridad, del deseo del acierto, de su justificacion, se detiene á inquirir las disposiciones ó capacidad del aspirante, si pregunta, como el Salvador á los hijos de Salomé: *potestis bibere calicem?* ¿estais dispuestos, os hallais con fuerzas suficientes para levantar las cargas del destino que solicitais, al punto, muy pagados de sí mismos, responden como aquéllos: *possumus*; nada temais, hemos meditado bien, hemos previsto los resultados de toda clase que pueda tener el desempeño de nuestro anhelado destino; nada es difícil al hombre animado de una buena voluntad, y de un sincero deseo de procurar el bien general. Si les exige, como circunstancia que debe preceder á su nombramiento, las hojas de servicios, al punto le manifestarán numerosas certificaciones, en que se recomiendan extraordinariamente, presentándolos como los más importantes, aunque jamás hayan dado un solo paso que los haga dignos de semejantes elogios. Sus méritos suelen ser nominales, y se suponen como efectivos, sus servicios nulos; y aparecen en gran número documentos que acreditan su aptitud imaginaria. Es demasiado lo que se exagera, lo que se inventa en semejantes casos.

Examinemos, ahora, los deseos del egoista y sus verdaderas intenciones. Hace una ridícula ostencion de los trabajos que ha padecido para que se le conceda el descanso; alega los méritos que ha contraído, los supone en alto grado relevantes, porque desea conseguir la re-

compensa; recuerda su aptitud, la que se desdeña de poner en paralelo con la de los otros aspirantes, á fin de que se le dé la preferencia. Es preciso confesar, que si sus méritos y su capacidad son verdaderos, es decir, si es exacta su relacion, sus deseos son muy ordenados, son muy justos. El orden, la justicia, la conservacion y prosperidad de las sociedades exigen imperiosamente el premio de los trabajos, una recompensa proporcionada á los méritos; mas yo no veo, ántes bien mi razon se resiste á comprender, que sea un codigno premio de los servicios uno de esos altos destinos, cuyo desempeño requiere mayor aplicacion, estudio más continuado, trabajos más difíciles, sacrificios más costosos, desvelos más incesantes; un empleo que absorbe por necesidad todos los talentos del empleado, sin dejarle tiempo ni libertad para disfrutar tranquilamente las ventajas que su posesion pudiera prometerle. Esto, con sobrada razon, debe llamarse un verdadero castigo, y el egoista no pretende ni quiere que se le castigue. Así es, que cuando empieza á sentir las obligaciones que se ha impuesto, conoce que se equivocó, tomando por premio una molestia insoportable, una carga que excede en mucho su posibilidad. Entónces, á imitacion de los hijos del Zebedeo, que cuando llegó el caso de poder beber el cáliz amargo de la pasion, huyeron cobardes por evitar aquel compromiso, no obstante haber asegurado que lo beberian, para lo que manifestaron las más aptas disposiciones y el mejor espíritu; así, digo, rehusando entónces el egoista, todo lo que el cargo presenta de gravoso, ó tiene que desempeñarlo por medio de agentes mercenarios, que por lo comun se ocupan más de los intereses propios que del desempeño de los ajenos deberes, ó incurre por necesidad en faltas de mucha consideracion con grave perjuicio de los interesados, si á pesar de estar convencido de la limitacion de su talento y de la falta de instruccion, se arroja á hacerlo por sí mismo.

2. ¡Ojalá, que todos los superiores se halláran dotados de la penetracion, prudencia é integridad necesarias para repeler las importunas solicitudes, que son por sí solas suficientes á demostrar la ineptitud de la mayor parte de los pretendientes! ¡Ojalá, que, á imitacion de Jesucristo, procuráran asegurarse de las intenciones que éstos abrigaban, preguntándoles: *potestis libere calicem?* ¿estais bien penetrados de los deberes que os obligais á cumplir? Persuadidos á que la divina Providencia es la única que puede proveer, y provee, en efecto, á todos y á cada uno de los hombres de las cualidades, disposiciones y talentos necesarios, para desempeñar con exactitud los ministerios á que los destina, ¡ojalá se dedicaran á buscar aquéllos precisamente, cuyas prendas son un testimonio inequívoco de que se les elige por aque-

lla, repeliendo á los temerarios ambiciosos, que tanto anhelan por intrusarse, sin llamamiento alguno de parte de Dios, con aquellas palabras de Jesucristo á los discípulos aspirantes á los primeros asientos en el reino de los cielos: *non est meum dare vobis*; nosotros debemos consultar la voluntad del cielo, y no seguir sin consejo la nuestra en la distribucion de los empleos; éstos no son un libre patrimonio nuestro, y estamos en la obligacion de proveerlos en aquellos sugetos, cuyas disposiciones nos indican haber sido elegidos al efecto por la Providencia! ¡Qué perspectiva tan encantadora presentarian entónces las sociedades! ¡Qué paz tan preciosa, qué abundancia, qué prosperidad tan excelentes disfrutarían en este caso! Por el contrario, si atendidas las molestas solicitudes de los ambiciosos, destituidos por lo comun del verdadero mérito, fueran colocados al frente de los negocios hombres ineptos, ignorantes, ciegos egoistas, esclavos viles de sus intereses particulares, ¡cuántos desórdenes, qué cúmulo de injusticias, qué perjuicios tan enormes no se experimentarían por todas partes! El desórden, la injusticia, la pobreza, la discordia, la rebelion, todos los vicios, todas las desgracias serían el fruto, fruto amargo, en verdad, de una determinacion tan ajena de la prudencia, de la razon y de la justicia.

En prueba de esta triste verdad demos una rápida ojeada por los diversos y más principales ramos, que, en materia de destinos, abraza la sociedad. La administracion de la hacienda, colocada en manos ineptas, sería la causa inevitable de su verdadera destruccion, ocasionaria vejaciones incalculables, á las que sucederian el ócio, el fraude, el robo; la agricultura, la industria, el comercio, las artes, todas las fuentes de la riqueza, se irían agotando por momentos. La administracion de justicia, á disposicion de un sugeto poco integro, causaria la violacion escandalosa de las leyes, la nulidad de los derechos, la impunidad de los criminales, la opresion de los inocentes, el desprecio de los legisladores, la relajacion y el desenfreno para entregarse con entera libertad á todo género de excesos. La administracion de la milicia, en poder de un bisono en el arte de la guerra, ó de un soldado poco interesado en la gloria de su patria, relajaria la disciplina militar, haria odiosa la subordinacion, debilitaria la fuerza física, y, por consecuencia, la moral, que, unidas, forman el apoyo de los imperios, y pondria, por tanto, en un gran peligro su existencia. La administracion de los bienes y gracias espirituales, en manos ineptas, en manos indignas... ¡ay! ¡gran Dios! no permitais tan inmensa desgracia! libradnos de este mal, que sería el más deplorable! Sola la idea de su posibilidad me llena de amargura. Esta consideracion pre-

senta á mi vista el cuadro más doloroso; me hace mirar el rebaño abandonado á sí mismo, sin tener quien se desvele por proporcionarle el pasto saludable, preservarle del contagio que le amenaza, y atender á la reparacion de la parte infestada, aplicándole los remedios oportunos. Se me figura ver al lobo devorador, que está en acecho, esperando con ánsia la ocasion favorable de lanzarse sobre la presa, y que los perros, á cuyo cargo está su custodia, acobardados, callan, y se amparan de los pastores, que huyen igualmente despavoridos, dejando á merced del enemigo las ovejas, que son, en consecuencia, cruelísimamente devoradas.

¡Oh! no permita el Señor que se realicen mis temores.

Si la eterna desgracia tiene que ser irremisiblemente el paradero, el castigo de los que no han hecho el bien que podían y debían, ¿cuál os parece que será el de los infelices, que han ocasionado, además, incalculables males? Los intereses, las comodidades, los honores, cuya idea los habia alucinado ántes, serán despues el torcedor más cruel, segun aquellas palabras de San Juan: *Quantum glorificavit se, et in deliciis fuit, tantum date illi tormentum et luctum* (Apoc. XVIII, 7): dad á esos miserables los más horrorosos tormentos, arrancadles el llanto más copioso y amargo, en proporcion á lo que se glorificaron y vivieron entregados á los deleites. Aprendamos á ser humildes y desinteresados, viviendo contentos y agradecidos á la Providencia por la situacion en que nos ha colocado. No aspiremos á los destinos más elevados, aunque, por otra parte, nos creamos con fuerzas suficientes para soportar el peso de las obligaciones que nos imponen, pues lo mismo creían los hijos del Zebedeo, y, sin embargo, manifestaron, abandonando á su maestro, lo que se puede esperar de un ambicioso. Tengamos presente, que cuanto más nos elevemos á la cumbre de los honores, tanto más lastimosa ha de ser un dia nuestra caída. Jamás se aparte de nuestra imaginacion la respuesta de Jesucristo á sus pretendientes discípulos; y considerándola detenidamente, seguros podemos estar, de que no conseguirá deslumbrarnos el falso resplandor de los bienes terrenos. Renunciemos, despreciemos á éstos, si no queremos ser excluidos para siempre de la participacion de los bienes celestiales, que os deseo á todos.

EJEMPLO.

Luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona.

Brille vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras.

(MATTH. V, 16.)

El Evangelio nos dice, que San Juan Bautista envió á Jesús dos de sus discípulos, para saber, por él mismo, si era el Mesías esperado; no porque dudase de esta verdad, pues la habia anunciado clara y solemnemente, sino para que sus discípulos se instruyesen en ella por sí mismos, y se convenciesen por sus propios ojos. El Salvador, correspondiendo á los deseos de su precursor, hizo muchos milagros en presencia de aquellos enviados, y les dijo: Id á contar á Juan lo que acabais de oír y ver: decidle, que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan curados, los sordos oyen, y los muertos resucitan (Luc. vii, 22).

Esta accion del Salvador, que se dá á conocer á los discípulos de San Juan por sus obras, nos enseña, que el testimonio de nuestros actos es siempre el más seguro; y que nada impresiona tanto los corazones y entendimientos, como la fuerza del buen ejemplo; de lo cual sacamos esta importante verdad, á saber: que nosotros estamos todos obligados á guardar una vida ejemplar y edificante; que este es el mejor medio, y al propio tiempo el más fácil, para contribuir á la gloria de Dios y á la utilidad del prójimo. No todos son apóstoles para predicar las verdades del Evangelio, ni doctores para defenderlas con sus escritos; pero todos pueden y deben sostenerlas con la santidad de su vida. Jesucristo nos dice, que con una vida ejemplar y edificante procuremos que nuestros hermanos glorifiquen á nuestro Padre celestial. Procuremos, pues, edificarnos unos á otros. Para esto quiero hoy demostraros, el bien que produce el buen ejemplo. Espero que, considerando su utilidad, procurareis edificar á vuestros hermanos con una vida enteramente cristiana. Pidamos ántes la gracia, por la intercesion de la Virgen. A. M.

1. Dos son, segun San Ambrosio, los principales efectos del ejemplo: corrige, y aprovecha al mismo tiempo: *Corrigit, et prodest* (AMBR.

IN PSALM. CXVIII). Aprovecha, porque contribuye á la gloria de Dios y de la religion; corrige, porque hace callar á los libertinos y lleva los pecadores á Dios. ¡Ah! cuántos bienes produce el buen ejemplo! Procura la gloria de Dios y la de la religion, que es inseparable. ¿Qué es lo que en el principio de la Iglesia atraía los infieles á la fé, y lo que ganaba el corazon de los gentiles? Era la santidad y el buen ejemplo de los primeros cristianos: brillaban en medio de una nacion depravada y corrompida, como los astros en el firmamento; y su vida era como un compendio del Evangelio; es decir, que para seguir el Evangelio y las máximas que propone, bastaba ver á los primeros cristianos; su vida era como una escuela pública y una academia de todo género de virtudes. Su exterior y su modestia eran suficientes para sonrojar al vicio, como dice Tertuliano: *De occursu meo vitia suffundo: quis non cernulum suum cum videt patitur?* (TERT. DE PALLIO. CAP. VI). Esto es lo que movia á los gentiles, cuando llegaban á comparar sus costumbres desarregladas, con las admirables virtudes de los verdaderos siervos de Dios; naturalmente, veíanse obligados á reflexionar. Para convencerlos de ello, no quiero ponerlos más que un ejemplo, y es el de San Pacomio, célebre solitario: habia nacido este santo en la Tebaida, de padres infieles y muy sinceros adoradores de los idolos; en la edad de veinte años, se alistó por soldado para la guerra de Constantino contra Majencio, y se embarcó, con otros muchos; por la tarde, arribó á una villa, cuyos habitantes, compadeciéndose de estos jóvenes llevados á la guerra contra su voluntad, los asistieron y socorrieron con todo lo necesario. Pacomio preguntó, quiénes eran aquellas gentes tan caritativas; y se le respondió, que eran cristianos. ¿Qué significa ese nombre? replicó Pacomio, y se le dijo, que eran unas gentes que creían en Jesucristo único Hijo de Dios, y que procuraban hacer bien á todos, con la esperanza de ser recompensadas en la otra vida. Pacomio, movido de esta respuesta, levantó las manos al cielo, y prometió á Dios hacerse cristiano (FLEURI, *Hist. Eccl. ann. 313*).

Este es el medio por el cual nuestra santa religion hizo tantos progresos. En vano se perseguia y daba la muerte á los cristianos; se aumentaba su número todos los dias. Los hijos de los pró-cónsules y de los prefectos, eran los primeros á decir: *yo soy cristiano*. Las mujeres, los criados y las criadas, corrian de tropel á la muerte: sus verdugos y sus carceleros se postraban á sus piés, y les pedian el bautismo; tanta era la impresion que su vida hacia en los idólatras. La gracia se servia del buen ejemplo que ellos daban, como de un medio exterior para ganar las almas; y este buen ejemplo, en cierto modo, movia aún más, que los milagros que obraban; á no ser que digamos, que sus milagros ven-